

## LA LLAMADA TELEFÓNICA

La voz del hombre, áspera como un trago de arena, sonó aplomada y clara. No pensaba repetir el mensaje y era imperativo que la mujer lo entendiera a la primera. Eligió tres frases cortas y las silabeó despacio:

—Van a matar a tu hijo, Berenice. Escóndelo donde no lo encuentren. Apenas te queda tiempo.

La mujer apretó los dedos alrededor del mango del teléfono y lo apartó de su oreja con un enérgico movimiento de rabia. Escrutó el auricular como si se tratara de un espejo que pudiera devolverle la imagen de su interlocutor. Un bromista de mal gusto, sin duda.

—¡Váyase a la mierda! ¿Quién es usted? —gritó asustada.

Pero no obtuvo respuesta. Un violento chasquido interrumpió de golpe la conversación.

La mujer aún tardó unos segundos en darse por vencida:

—¡Oiga, oiga! ¿Quién es usted? ¿Qué está diciendo? ¡Oiga, oiga! —Sus palabras caían en un pozo negro.

La angustia tiene unidades de tiempo desconocidas e imposibles de medir. Cuando por fin colgó el teléfono, Berenice Gallén no sabía si habían transcurrido segundos o minutos desde que oyó la voz del hombre que alteró su vida. Volvió a descolgar y marcó el único número que se sabía de memoria. Nadie respondió. Repitió tres veces la misma llamada. Nadie respondió. Entonces corrió a la habitación del bebé y se asomó en silencio a la barandilla de la cuna. Lo vio dormido. Su respiración, acompasada y tranquila, era completamente normal. Todo lo contrario a la de ella. El compás de la suya se parecía al redoble que anuncia un

triple salto mortal desde la barra de un trapecio. Necesitaba tranquilizarse. Deseaba pensar con claridad, pero la conmoción del susto le nublabla el juicio. En la desordenada sucesión de ideas que desfilaban por su cabeza únicamente la de no separarse de la cuna le parecía irrechazable. No tenía a quién acudir. ¿A la policía? ¿Y qué iba a decirles? ¿Que una voz anónima le había avisado por teléfono de que alguien quería matar a su bebé recién nacido? No, no sabía quién podía ser el autor de la llamada. No, tampoco se le ocurría quién podía desear la muerte del bebé. Y, aún menos, el motivo. No, jamás recibía llamadas telefónicas. Sólo una persona conocía su número. Sí, sólo el padre. Pero no deseaba hablar de él. De Germán, no. Ese era el trato. No, tampoco quería hablar de ese trato... Enseguida se dio cuenta de que no podría responder a ninguna de las preguntas de la policía. Los agentes, después de un interrogatorio inútil, se encogerían de hombros, darían media vuelta y se irían por donde habían venido. Así que estaba sola. Tan sola como siempre.

Interrumpió sus pensamientos y volvió a fijarse en la cuna. Acercó una silla y se sentó junto a ella. Entonces la presencia del silencio se hizo aún más patente. Ese era el sonido de la soledad: lejanos rumores de trajín callejero al otro lado de las ventanas, una cisterna activa al fondo del pasillo, el mecanismo pendular de un reloj de pared, el zumbido sordo de sus propios oídos... Los recuerdos, en cambio, incluso los más dolorosos, son siempre insonoros, pensó.

En esas estaba cuando un ruido distinto —no del catálogo de los ruidos de la soledad, sino uno distinto, de inequívoca procedencia humana— la puso repentinamente en guardia. En el zaguán se escuchaban pasos. Alguien se aproximaba a la puerta. Se levantó de un salto y se dirigió a la cocina. Buscó el cuchillo más afilado en el cajón de los cubiertos. Si servía para trocear un churrasco también valdría, llegado el caso, para rajar la piel de un asesino y hundirse hasta la empuñadura en su costado. Aún no había llegado al receptor cuando sonó el timbre de la puerta. El miedo la paralizó y permaneció tan quieta como pudo durante un buen rato. Trató de no respirar para no hacer ruido. El visitante volvió a tocar el timbre en

otras dos ocasiones. Berenice temió que, al no hallar respuesta, tratara de derribar la puerta de una patada. Ese pensamiento aún le hizo empuñar el cuchillo con más fuerza. Como si hubiera presenciado la amenaza del acero, el dueño de los pasos del zaguán giró en redondo y comenzó a alejarse. Berenice respiró aliviada. Al rato se aproximó de puntillas a la puerta y acercó el ojo derecho a la mirilla. No vio a nadie. O era un asesino poco tenaz, se dijo tratando de animarse, o sólo se trataba de una visita inofensiva. Tal vez la tintorería. ¿La tintorería? No, la tintorería no podía ser. El reparto se hacía los jueves y todavía eran las dos de la tarde del lunes. Se dio la vuelta y, temblando aún, apoyó la espalda en la puerta. Al alzar la vista se vio reflejada en el espejo del recibidor.

El pelo lacio, de color negro, le caía simétricamente a cada lado de la cara y cubría los vértices externos de los ojos, oscuros y ligeramente achinados, aún más lúgubres entre los matices de la penumbra. Las cejas no eran finas y estaban empapadas por el sudor que brillaba en su frente, pálida y ancha como la superficie cóncava de una visera húmeda. Pequeñas bolsas, encima de los pómulos, delataban cansancio y una cierta madurez cuadragenaria. El exceso de rimel en las pestañas aún oscurecía más la expresión de su mirada. La nariz, sólo ligeramente abombada a la altura de las fosas, era menuda y contrastaba con la amplia y carnosa superficie, dos veces triangular, del labio superior de la boca. Berenice era consciente de la fascinación que sus labios provocaban en los hombres que había amado. A ella, en cambio, no le gustaban. Empujaban las mejillas hacia atrás y las hacía demasiado sinuosas, perfilando ondulaciones en la piel que no resistirían bien el paso del tiempo. Por lo demás, eso sí debía reconocerlo, tenía la carne firme y un cuerpo pequeño, de contornos suaves y bien proporcionados, que proclamaba a todas luces un envidiable estado de forma. Iba vestida con unos ceñidos vaqueros de color azul y una camiseta de algodón de manga corta en color crema. Sobre el pecho estaba escrita la palabra «uno» en forma de cruz.

Miró su cuerpo de arriba abajo, como lo hubiera hecho con el de cualquier persona tridimensional arrancada de la luna del espejo, y habló con él confiriéndole personalidad propia.

—Ayúdame —le dijo, al mismo tiempo que el reflejo le devolvía la súplica.

El hecho de ver en el espejo a su otro yo tan desvalido como el yo de carne y hueso, le hizo entender que no había tiempo de lamentaciones. La ansiedad agitaba sus pensamientos: si él me contestara, si estuviera aquí, si pudiera protegerme... ¿De qué servía enmendar la realidad con proposiciones mágicas? La ayuda que necesitaba no iba a salir de ninguna chistera. Había aprendido tiempo atrás que los deseos no bastan para cambiar la realidad de las cosas. Hasta los milagros exigen la complicidad de las acciones humanas. Si quería hacerse con el control de la situación tenía que pasar de las dudas a los hechos. Había llegado el momento de actuar.

En el único bolso apropiado para la ocasión que había en su armario, uno de cuero rojo que le regaló Germán, metió su neceser de maquillaje, la documentación y todo el dinero en efectivo que guardaba en una caja de antibióticos, mezclada como una más en el armario de las medicinas. Diez billetes de quinientos. Cinco mil euros: ese era todo su capital. Vació de ropa la bolsa de deporte que llevaba diariamente al gimnasio y la llenó de pañales, biberones monodosis, ropa de bebé, pomadas, talco, gasas y colonia. Por último, como estridente contrapunto, colocó encima del ajuar el cuchillo de ensartar asesinos. Durante el tiempo que tardó en preparar el equipaje alejó varias veces la tentación de pensar que podía estar llevando las cosas demasiado lejos. Sí, era verdad que la llamada podía haber sido una broma de mal gusto. ¿Pero de quién? No tenía amigos. Y, que ella supiera, tampoco enemigos. La voz anónima la había llamado por su nombre. Sólo tres personas, aparte de Germán y de su escolta Silverio, lo conocían: Carolina, la monitora del gimnasio donde acudía a diario para recuperarse de los estragos físicos del parto; Lourdes, la auxiliar de la farmacia donde compraba los biberones preparados, los pañales y las medicinas del bebé, y el portero de la finca, Rufino, que cuidaba del recién nacido cuando ella salía de casa. Ni Carolina ni Lourdes tenían su número de teléfono y Rufino se comunicaba con ella a través del interfono del portero automático.

Pero si la teoría de la broma de mal gusto no encajaba, aún le parecía más descabellado tomarse en serio la amenaza de muerte. ¿Quién podía querer matar a un bebé? No era sólo que repugnara a la razón la idea de asesinar a un ser inocente que aún no había tenido tiempo de hacerle daño a nadie; es que, además —y eso era lo más desconcertante de todo—, ¡nadie conocía su existencia! Dejando aparte a las tres o cuatros personas que formaban parte de lo que podría llamarse su «círculo social» —farmacéutica, portero, preparadora personal y anónimos testigos del vecindario—, nadie más tenía noticia de que el bebé hubiera venido al mundo. Germán había prometido que cuidaría de él a condición de que la noticia de su nacimiento permaneciera oculta. No reconocería su paternidad ni le daría sus apellidos, pero atendería con creces todas sus necesidades económicas mientras su verdadera identidad permaneciera en el anonimato. Esos eran los términos del trato.

Berenice necesitaba ganar tiempo y pensar con claridad lejos de su casa. Cargó con la bolsa, cruzada en bandolera por encima de la cabeza, y colocó en el carrito al bebé, dormido aún, procurando que no se despertara. Al salir del portal, el calor rabioso de julio dilató cada poro de su cuerpo como si una radiación líquida hubiera caído de repente sobre ella. Antes de un minuto estaba empapada en sudor.

—¡Bere! —La potente voz de Rufino, a sus espaldas, embrió las riendas de su escapada. Ella se giró y ensayó una sonrisa despreocupada:

—Buenas tardes, Rufino. ¿Qué haces en la calle a estas horas?

El portero, un hombre moreno, recién cumplidos los treinta, de espaldas anchas y complexión atlética, tenía el ceño fruncido por la extrañeza cuando le contestó:

—Creía que no estabas en casa. He ido a buscarte hace un rato y no has abierto la puerta.

Entonces, la extrañeza cambió de dueño y arrugó la frente de ella:

—¿Eras tú quien llamaba? ¿Y si querías algo de mí por qué no me lo has dicho por el interfono como haces siempre?

El agobiante calor que inflamaba el espacio se apoderó también de la dimensión del tiempo y convirtió los segundos siguien-

tes en tórridos e incómodos silencios. Rufino, después de una leve vacilación, se encogió de hombros y dio un pequeño paso hacia atrás.

—No sé —dijo con el desconcierto bailándole aún en el rostro—. Creí que no te importaría.

—Y, de hecho, no me importa —se apresuró a aclarar Berenice—, es sólo que me sorprende. Antes nunca lo habías hecho.

—¿No?

—No, nunca. Y hoy me pillaste en la ducha. ¿Qué querías?

—Han venido a buscarte —respondió el portero mirando de soslayo el pelo seco y el rostro sudoroso de la mujer—. Un colega de Silverio quiere que le acompañes al hospital.

—¿A qué hospital? —preguntó con recelo.

—Será mejor que te lo explique él. Ha ido un momento al coche para traer el teléfono. Se lo había dejado allí.

—No sé de qué me hablas. No entiendo por qué tengo que acompañar a nadie a un hospital.

—Aguarda un minuto. Regresará enseguida y te lo explicará todo.

Berenice sólo pensaba en irse de allí y no tenía ninguna intención de aguardar las explicaciones de nadie. Y menos aún de un desconocido. Presentía el peligro. Era tan patente que casi lo podía tocar.

—En ese caso —mintió para tomar ventaja— me da tiempo a pasarme un momento por la farmacia. Necesito una pomada para el bebé.

—¿Quieres que vaya yo? —preguntó el portero—. Hace mucho calor.

—No, prefiero estirar las piernas. Estaré de vuelta en un par de minutos. Si el amigo de Silverio llega antes que yo dile que me espere aquí.

Y, sin más explicaciones, siguió su camino. Mientras se alejaba del portero, empujando con decisión el carrito del bebé, trató de poner en orden sus ideas. Silverio nunca le había hablado de ningún amigo y no era su estilo mandarle recaderos. Jamás lo había hecho. ¿Qué era eso de ir a un hospital? ¿A cuál? ¿Por qué? ¿Qué

pintaba Rufino llamando a su puerta junto a un extraño? Todo aquello apestaba a falso. Alguien quería tenderle una trampa. Aunque le costaba imaginar a Rufino como cómplice de una conspiración de asesinato, si es que tal conspiración existía, el instinto le decía que no podía fiarse de él. Ni de él ni de nadie. Cada ocho o diez pasos miraba hacia atrás, las primeras veces disimuladamente y después con absoluto descaro, para asegurarse de que nadie la seguía. Había decidido dar una vuelta a la manzana mientras maduraba un plan de acción. No quería alejarse demasiado de su casa antes de haber fijado un rumbo concreto. Cuando llegó a la esquina de la farmacia torció a la izquierda, invitada por la amabilidad de la sombra, y volvió a hacer lo mismo en las tres siguientes bocacalles. Unos bloques más abajo había un parque pequeño y allí mismo, a la sombra de un macizo de chopos, recordaba un quiosco de cervezas con mesitas al aire libre. Se le ocurrió que podía ser un buen sitio para reflexionar con calma. Aceleró ligeramente el paso. Antes de cruzar a la otra esquina de su calle miró a la derecha, hacia el portal de su casa, y vio a Rufino hablando animadamente con un hombre corpulento y cano. Reculó unos metros, para observar la escena sin ser vista, y, a través del escaparate de la farmacia, trató de calibrar la importancia del evento. El portero gesticulaba con los brazos, como si estuviera tratando de reproducir con mímica la conversación que había mantenido con ella unos minutos antes. Con el dedo índice extendido señaló en dirección a la farmacia y luego golpeó varias veces la esfera del reloj que llevaba en la muñeca izquierda. A continuación hizo varios gestos que parecían reclamarle paciencia. El hombre corpulento asintió varias veces con la cabeza y luego sacó del bolsillo un teléfono móvil. El hombre corpulento le pasó el teléfono al portero y este aún siguió hablando durante un par de minutos más.

Berenice ya había comprendido, con una certeza intuitiva más sólida que la de cualquier silogismo de estructura lógica, que corría un serio peligro. La llamada anónima no había sido ninguna broma pesada. El recuerdo de aquella voz áspera ya no despertaba en ella el odio reservado a los enemigos. Al revés. Ahora la recordaba con el afecto debido a los aliados. La distancia entre el amor y el odio, en-

tre el bien y el mal, se le antojó tan corta como la que separaba al servicial Rufino de los días anteriores del portero traidor en quien podía haberse convertido en las últimas horas. La misma corta distancia, pensó, que separa la muerte de la vida. Para seguir aferrada a ella tenía que pensar deprisa. Si no podía llegar hasta Germán —otra vez tan lejos, tan alto, tan fuera de su mundo, de nuevo un sueño inalcanzable—, tal vez pudiera llegar hasta el hombre de la voz áspera. Suspiró, impotente, cuando su cabeza formuló ese deseo. ¿Cuántas posibilidades tenía de conseguirlo? ¿Una entre cien? ¡Cero entre cien si te quedas quieta!, se dijo enfadada consigo misma mientras trataba de acallar el murmullo de su cerebro. Ese grito de urgencia volvió a conectarla con el mundo exterior. Al otro lado del cristal del escaparate, en el interior de la farmacia, la vida seguía su curso. Detrás del mostrador, su amiga Lourdes administraba remedios para los males ajenos.

Al verla, Berenice tuvo, por fin, una buena idea.